

sufrimiento, tanto como un obrero infatigable de la viña del Señor? El historiador de su vida nos le pinta siempre enfermo y casi moribundo: *Corpus tenue et pene mortuum*. San Francisco de Asís, pobre de Jesucristo, á quien la Iglesia es deudora de una innumerable legión de apóstoles y de santos, ¿no era una imagen viva de Jesucristo crucificado, cuando hasta por una gracia de las más raras, de las más insignes, recibió en sus miembros la impresión de las sagradas llagas del Redentor? San Francisco Javier, hombre apostólico, como no le hubo jamás, cuyo celo y trabajos le han valido el sobrenombre de Pablo de los tiempos modernos ¿Cuánto no sufrió para convertir á Jesucristo los pueblos de la India y del Japón? Y el santo fundador, que fué su padre espiritual en Jesucristo. ¿cuánto no pasó para dar á la Iglesia este infatigable obrero, este santo misionero y tantos otros como existieron después de él? En fin, para recordar aquí el gran nombre de una mujer, que fué y será siempre una de las más puras glorias de la Iglesia, y también de la católica España, ¿quién no sabe lo que la ilustre virgen de Ávila, la seráfica Teresa de Jesús, debió sufrir para dotar á la santa Iglesia católica de numerosos monasterios, donde la oración y el sacrificio de tantas almas escogidas, de tantas santas y puras víctimas, de tantos apóstoles del sufrimiento, se exhalan y suben continuamente al cielo, como un holocausto de agradable olor para apaciguar la cólera de Dios, irritado por los crímenes de los hombres?

Propuestos á ser breves, no hablaremos de la innumerable muchedumbre de santos personajes que, en todos los períodos de los siglos cristianos, han aparecido con la sangrienta aureola del *Apostolado del sufrimiento*, es decir, de tantos santos Obispos, sacerdotes, fervientes religiosos y religiosas, de tantos celosos misioneros, como no han cesado jamás hasta nuestros días de fecundar, no solamente con su palabra, sino también con sus dolores, y frecuentemente con su sangre, la porción de tierra que el Padre de familia les dió para cul-

tivarla. Si el tiempo y el espacio nos permitieran preguntar á unos y á otros por el secreto de los grandes frutos de salvación que hicieron producir en las almas, responderían todos: *In dolore paries*. «Hemos alumbrado en el dolor estas almas para Jesucristo». Nuestros trabajos unidos á los suyos, nuestras privaciones y sufrimientos, unidos á sus sufrimientos y á su muerte, han abierto á estas almas el camino de la salvación. Así se va perpetuando y realizando, de edad en edad, con la propagación de la religión católica, el programa sagrado, la palabra de orden divino que ha presidido á su fundación: *Christum oportuit pati*. Convino que Cristo sufriera; y es necesario que los que quieran contribuir eficazmente á propagar su obra sufran con El y como El.

## CAPÍTULO XI.

CONFIRMACIÓN DE LA DOCTRINA PRECEDENTE POR LA EXPLICACIÓN DEL TEXTO DE SAN PABLO: «YO HE CUMPLIDO LO QUE FALTA Á LOS SUFRIMIENTOS DE JESUCRISTO».

Convino que Jesucristo sufriera.... Y á la condición de sufrir con El, sigue la de que con El seremos crucificados. El gran Apóstol San Pablo, que pronunció este oráculo, nos presenta en su persona y en su vida una de las más brillantes aplicaciones. Apóstol de Jesucristo, es víctima con Jesucristo. El que se glorificaba de no predicar más que á Jesucristo, cifró su gloria también en llevar sobre su cuerpo los estigmas del Señor Jesús, llegando hasta á decir que cumplió en su carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea*. Y añade: «Para su cuerpo (místico) que es la Iglesia». *Pro corpore ejus quod est Ecclesia*. (Col., I.) ¿Puedese con menos palabras, y de una manera

más explícita afirmar el *Apostolado del sufrimiento*, ni declararse que por los sufrimientos puede trabajar el cristiano en la salvación de las almas, ejerciendo en su favor en el orden de la salud eterna, un apostolado de los más eficaces?

Para consuelo é instrucción de los cristianos que sufren, ensayemos poner en claro este dicho admirable de San Pablo, comenzando por la primera parte del texto: «Yo he cumplido en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo». *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* El sentido de estas palabras es este: Sufriendo en mi carne, he cumplido lo que falta á los sufrimientos que Jesucristo ha padecido en su carne; ¡Y qué! —dirás tú—¿ha podido faltar algo á la pasión del Hijo de Dios? Sus sufrimientos y la redención, que ha sido su fruto, ¿pueden parecer insignificantes? Guárdate bien, lector querido, de sacar esta conclusión, porque te saldrías de la verdad.

La pasión del Hijo de Dios ha sido plena y suficiente. Nada ha faltado á su valor, ni á la extensión de su precio, el cual ha sido tan elevado, que el Redentor divino, por su pasión, ha podido, no solamente rescatar al mundo, sino, si hubiera convenido, á millares de mundos. Sin embargo, ha faltado y falta realmente en nosotros algo á esta pasión del Salvador. ¿Qué es esto, pues? La comunión y participación de sus méritos. Es preciso, en efecto, que Cristo sufra, no sólo en sí mismo, sino en sus miembros, esto es, en sus Apóstoles y en los demás fieles; y que por esta pasión, por estos sufrimientos, la Iglesia, que es su cuerpo, sea propagada y acabada.

El decreto eterno lo dice: Dios determinó que su Hijo sufriera, no solamente en sí mismo, sino también en su cuerpo y en sus miembros, es decir, en la Iglesia y en los fieles, por cuyos sufrimientos Jesucristo sería acabado y consumado, en el sentido de que, entrando cada fiel en participación de los sufrimientos y de la pasión de Jesucristo, entra en participación de Jesucristo mismo, contrayendo con Él una perfecta semejanza y una

unión muy íntima, la unión del miembro con su cabeza, y recíprocamente. Y así es como con verdad puede decirse que Cristo se acaba en sus miembros por sus sufrimientos. San Pablo, pues, tuvo razón para decir: «He acabado en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Cristo». *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.*

¡Oh! vosotros, todos los que sufrís, cristianos, hermanos míos. ¡Qué inmenso consuelo para nosotros! Desde la eternidad, y por el mismo decreto con el cual determinó Dios Padre que Jesús su amadísimo Hijo sería entregado al dolor, determinó también que todos sus miembros padecieran, y que, por consiguiente, vosotros padecierais con Él. ¡Oh dignidad sobreeminente! ¡Oh valor inapreciable de los sufrimientos, representados en Jesucristo, y en el decreto eterno que le comunica destino tan sublime y tan maravillosa fecundidad para nuestra salvación y la de nuestros hermanos!

¿Quiéres conocer el testimonio de San Agustín sobre esta consoladora doctrina? Pues escucha cómo explica el texto de San Pablo, que es ahora objeto de nuestro estudio: «Jesucristo—dice—ha sufrido todo lo que debía sufrir». Muriendo en la cruz dijo: «Todo está consumado». Es decir, nada falta en la medida de mis sufrimientos. Todo lo que se escribió de mí está cumplido. Los sufrimientos de Jesús están, pues, completos. Si—añade el santo doctor—pero solamente en la cabeza. Falta todavía que los miembros padezcan en su cuerpo los sufrimientos de Jesús! Vosotros sois, en efecto, el cuerpo y los miembros de Jesucristo. El Apóstol San Pablo era uno de sus miembros, y he aquí por qué dijo: «Yo he cumplido en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo (1)».

Después de la explicación anterior, fácil es á nuestro objeto hacer aplicación del texto del gran Apóstol. El sabio comentarista que nos ha ayudado á descubrir el verdadero sentido de este oráculo,

(1) Aug., *in. Ps.* 86.

nos servirá de guía para explicar el segundo. San Pablo dice, pues, que ha cumplido en su carne lo que falta á los sufrimientos de su Maestro: *Adimpleo ea que desunt passionum Christi in carne mea.* Y añade: *Pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* Expliquemos estas palabras. En efecto, falta mucho á los sufrimientos del Hijo de Dios para que los infieles se conviertan á la fe y vuelvan á ser partícipes de la pasión del Salvador. Ahora bien, esto es precisamente lo que completan y acaban los Apóstoles, sufriendo todo lo que padecieron en la predicación del Evangelio para propagar la Iglesia de Cristo; y este es el primer sentido del texto de San Pablo. He aquí el segundo: Falta mucho á los sufrimientos de Jesucristo para que sus sufrimientos y sus satisfacciones sean aplicados más plenamente á sus fieles, ya convertidos. Cada fiel se aplica á sí mismo, por las obras satisfactorias que ha cumplido, la satisfacción del Redentor, y satisface por la pena temporal de sus pecados. Pero puede también aplicar por los otros, cuando no los necesita para sí mismo, sus sufrimientos y satisfacciones, unidos y mezclados á los del Salvador. Esto es lo que pide la comunión de los Santos; la comunión de las buenas obras que se hacen en la Iglesia. Y esto es también, y en este sentido cumplió San Pablo por la Iglesia, lo que falta á los sufrimientos del Redentor. Aplicando lo superfluo de sus sufrimientos y satisfacciones á la Iglesia, á fin de que por ellos, la satisfacción de Jesucristo fuese aplicada á los fieles que están en comunión con ella, y de que satisfaciesen por sus pecados, es decir, por la pena temporal que les resta que sufrir después de haber obtenido el perdón de sus faltas.

Nótese, con muchos eminentes teólogos, entre los cuales se halla Berlamino, que estas palabras de San Pablo pueden también extenderse y aplicarse al tesoro de las indulgencias de la Iglesia; porque Dios ha querido que este tesoro se componga, no sólo de los méritos y satisfacciones de nuestro divino Salvador, sino también de los méritos y satisfacciones de los Apóstoles y de todos los San-

tos. Obrando de esta suerte, Dios ha tenido la intención de honrar á la vez á su Hijo y á sus Santos, haciendo entrar á los últimos en sociedad con su mismo Hijo, para satisfacer por los demás. Un Rey honra á sus generales poniéndolos á la cabeza de sus provincias y dándoles una parte en el Gobierno de su reino. Así Dios, *causa primera* de todas las cosas, honra á sus criaturas, *causas segundas*, dignándose asociarlas á su obra. En segundo lugar, Dios ha querido establecer por este medio una perfecta comunicación de bienes entre los miembros de la Iglesia, es decir, entre los Santos y nosotros, tal y como debe existir entre hermanos de una misma familia. Así, los Santos completan realmente para la Iglesia lo que falta á este tesoro de que venimos hablando, y, por consiguiente, cumplen lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo; porque sin estos sufrimientos de los Santos los del Salvador no aumentarían este tesoro de la manera que Dios quiere que se aumente, esto es, por los sufrimientos y las satisfacciones reunidos de Jesús y de los Santos.

Resumiendo esta explicación tan consoladora para los fieles que sufren, diremos: Que este tesoro á que se hace relación, es completo del lado de los méritos del Salvador Jesús; pero es incompleto del de los méritos de los Santos; y esta es la deficiencia de que habla San Pablo, cuando dice de sí, y por consiguiente de los demás fieles, que él le ha aumentado y colmado por sus sufrimientos.

Tal es, según los comentaristas, el sentido de este texto del gran Apóstol: «He acabado en mi carne lo que falta á los sufrimientos de Jesucristo para su cuerpo, que es la Iglesia».

¡Oh vosotros, que tenéis que sufrir algunas aflicciones de espíritu ó de cuerpo, no olvidéis jamás esta explicación consoladora! Sobre todo, retened bien la conclusión, más consoladora todavía, que de ella se deriva, á saber: Que vuestros sufrimientos, unidos á los de Jesucristo, vuestra Cabeza, tienen, no sólo una divina eficacia para vosotros, sino también para los demás, puestos que podéis,

por este medio, obtener su conversión si son pecadores, y después de su conversión la gracia de satisfacer por su pecado, y de que se santifiquen más y más. A este precio, ¿quién no estimará el sufrimiento, y no se resignará voluntariamente á sufrir por los demás con Jesucristo.

San Ambrosio y San Juan Crisóstomo dicen, que como Jesús y la Iglesia forman místicamente un solo cuerpo y una sola vida, así la pasión de Jesús y de la Iglesia, es decir, la de los Apóstoles, la de los mártires y todos los fieles, forman una sola pasión. No es de otra manera el sufrimiento de la cabeza y el del cuerpo, esto es, de los miembros; porque la cabeza y los miembros sufren unidos un solo dolor. Ahora bien; muchas veces lo hemos dicho: Jesucristo es la cabeza y los Apóstoles y los fieles son sus miembros. He aquí por qué dirigiéndose nuestro Señor á San Pablo, perseguidor de la Iglesia de los primeros cristianos no le dice: ¿Por qué persigues á la Iglesia? Sino: ¿Por qué me persigues? Y es que así como Jesucristo comunica á los Apóstoles y á los fieles la gracia y la paciencia, así los comunica sus sufrimientos. Y como cuando sufre un miembro, todos los otros miembros, sobre todo la cabeza, sufren también con él, así cuando los fieles sufren, Jesús sufre y padece con ellos. San Agustín confirma esta doctrina diciendo: «Los sufrimientos de Jesucristo y de los cristianos son comunes y pertenecen á Jesucristo y á la Iglesia».

## CAPITULO XII.

CONDICIONES ESPECIALES DE LA DEIFICACIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS, ES DECIR, CÓMO DEBE REALIZARSE LA UNIÓN DE NUESTROS SUFRIMIENTOS CON JESUCRISTO, PARA QUE SEAN DIVINOS Y EFICACES PARA NOSOTROS Y PARA LOS DEMÁS.

Antes de ir más lejos, lector querido, y á fin de comprender mejor cuánta gratitud debemos á Dios por haber querido elevar nuestros sufrimientos al estado divino, recordemos que la causa primera del sufrimiento es el pecado. San Pablo lo dice: *Stipendia enim peccati mors*. (Rom. VI.) Ahora bien; la muerte debe entenderse aquí, no sólo por la crisis suprema que separa al alma del cuerpo con un desgarramiento cruel, sino también por todos los sufrimientos que de cerca ó de lejos preludian esta última separación. Los desfallecimientos de nuestra naturaleza, el trabajo de disolución que empieza en nosotros, el dolor, ¿qué otra cosa son, pregunta San Gregorio, sino una especie de muerte continua y prolongada? *Quedam prolixitas mortis*. El pecado original que contraemos al nacer de un padre culpable, nuestras infidelidades personales, he aquí la causa principal de las tribulaciones que todos tenemos. Por su naturaleza, hecha abstracción de la redención, el sufrimiento no es, ni puede ser, otra cosa que una pena, un castigo infligido á los culpables. Mira, pues, querido lector, de cuánto somos deudores á la infinita misericordia de Dios, y cuántas acciones de gracias le debemos por haber hallado en los tesoros inextinguibles de su clemencia el medio de convertir en favor insignificante lo que, por la fuerza misma de las cosas, debía causar nuestro tormento eterno. San Pablo nos da

á conocer este tormento cuando nos dice: «He aquí que la benignidad y la humanidad de Dios nuestro Salvador han aparecido entre nosotros. (Tit. III.)

Cuando se levanta el sol después de oscura y larga noche, disipa las tinieblas y cubre á la tierra con sus rayos bienhechores. Así, cuando después de la larga noche de cuatro mil años que precedió á su venida, apareció el astro divino de que habla el Apóstol, inundóse el mundo de su celeste luz y se caldeó con su vivificante calor. Una transformación maravillosa se operó en la humanidad y en los sufrimientos de la humanidad, hecha cristiana por Jesucristo. De hijos de cólera que éramos por naturaleza, como dice San Pablo, nos hemos convertido en hijos de Dios por adopción; y de puros instrumentos de la justicia divina que eran antes nuestros sufrimientos, han venido á ser instrumentos de misericordia y fuente inagotable de los más grandes bienes. ¡Alabanza y gloria eterna á Jesucristo, á cuya bondad infinita somos deudores de tan grande beneficio! Pero tanto cuanto es precioso este beneficio para nosotros, nos importa saber cómo hemos de tomarle, para que redunde en nuestro provecho, haciendo de él la aplicación debida. Y esto es lo que vamos á tratar de explicar, desarrollando estas palabras de nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

Toda la economía práctica de la deificación de nuestra naturaleza, y, por consiguiente, de nuestras acciones y de nuestros sufrimientos, se encierran en estas dos frases tan cortas como sustanciales: *Ego sum vitis, vos palmites.* «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». La vid es Jesucristo y los sarmientos somos cada uno de nosotros, discípulos y miembros de Jesucristo. ¿Queremos que nuestros sufrimientos sean deificados y se vuelvan meritorios para nosotros y saludables para los demás? Pues no hay más que un solo medio, una sola condición que llenar, la de unirnos á Jesús, que es la verdadera vid, como sarmientos vivos. Con esta condición recibiremos la savia divina, la

vida divina, es decir, la comunicación de la sangre divina de Jesucristo, que es como el jugo del árbol de la vida; y con esta sangre tendremos en nosotros la vida divina de Jesucristo. Daremos más explicaciones de este texto, que encierra en tan pocas palabras toda la doctrina práctica de la vida divina y sobrenatural del cristiano. ¿Por qué propuso Jesucristo á sus discípulos, y á cada uno de nosotros en su persona, esta comparación conmovedora? Para enseñarnos que debemos permanecer fieles en su fe y en su amor, sin separarnos nunca de ellos. Así es como daremos fruto para nosotros y para los demás. Jesucristo se comparó á la vid por muchas razones. La primera, porque cuando se sirvió de esta comparación acababa de instituir la Santa Eucaristía, con que dió á beber á los Apóstoles su sangre, bajo la especie de vino, dejándosela á todos los fieles hasta el fin de los siglos, para que todos pudieran beber á su vez, y para que por la virtud de este vino misterioso se les viera inflamarse en su amor y vencer generosamente las tentaciones. La segunda razón consiste en que el Hijo de Dios, muriendo en la cruz, estaba perfectamente representado por la vid y sus uvas; porque así como de la uva pisada se produce un vino exquisito y precioso, así de este divino Cordero prensado en la cruz brotó la sangre que ha rescatado al mundo, por lo cual tiene derecho á llamarse la verdadera vid. *Ego sum vitis vera.* Y lo mismo que la vid produce sarmientos y uvas, así el Salvador Jesús produce con su gracia, como por un jugo divino, verdaderos fieles y verdaderas virtudes.

Si, Jesucristo es la verdadera vid: como es la verdadera luz, *ego sum lux vera*; como es la verdadera vida, *ego sum vita*; como es el verdadero pan del cielo, *panem de celo verum.* Es aquella vid escogida de que habla el Profeta Isaías, la cual ha extendido por toda la tierra las ramas de la fe, que ha producido estos sarmientos vigorosos, estas uvas exquisitas, quiérese decir, la gloriosa falange de los mártires, de las vírgenes, de los confesores

y de todos los santos. En efecto, después de haber dicho: Yo soy la vid, añadió: «Y vosotros los sarmientos». Pero advierte bien, lector querido, con qué condición comunica su fecundidad á sus ramas; con la de que han de estar unidas á El. Aquel que viva en mí y en quien yo viva, dará muchos frutos. Lo que quiere decir: Aquel que viva en mí de tal manera que yo viva en él; aquel que viva en mí, no por la fe sola, sino por la fe vivificada por la caridad, de suerte que yo le ame á mi vez, llenándole de mi espíritu, dará muchos frutos de buenas obras y de méritos, por los cuales adquirirá continuos aumentos de gracia y de gloria. Porque, continúa este buen Maestro, sin mí nada podéis hacer, nada que merezca la vida divina y eterna: *Sine me nihil potestis facere*. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece unido á la vid, tampoco vosotros podéis dar fruto si no vivís en mí: *Sic et vos, nisi in me manseritis*. Como el sarmiento saca de la vid, á que está unido, la vida y el jugo para producir las uvas, así vosotros sacáis de mí la vida de la gracia y del espíritu para producir las buenas obras que merecen la vida eterna.

De donde resulta que no es de sí mismo, ni de sus fuerzas naturales, ni del auxilio exterior de ningún hombre, sino de la gracia interior de Jesucristo, de quien recibe el hombre la fuerza para producir las buenas obras sobrenaturales, y, por consiguiente, la fuerza de merecer aumento de gracia y de gloria; por la razón de que el sarmiento no saca nada de sí mismo, sino de la vid que le da todo su jugo, toda su fecundidad, toda su virtud productiva.

Explicando San Cirilo la íntima unión que existe entre esta vid divina y sus sarmientos, es decir, entre Jesucristo y los cristianos, que son sus miembros, dice que nosotros somos santos unidos á ese divino Salvador, de dos maneras: *espiritualmente*, por la fe, por la esperanza y la caridad; y *corporalmente*, en el sentido de que la santa humanidad de Jesucristo es esta vid de que somos los

sarmientos, á causa de la identidad de la naturaleza humana, principalmente en la santísima Eucaristía, en la cual nos unimos al Hijo de Dios, hecho hombre, no solamente como el sarmiento á la vid, sino como se unen dos cirios derretidos.

De estas consideraciones es fácil sacar la conclusión de que la condición esencial, indispensable, única, de obrar y de sufrir sobrenaturalmente, divinamente, y, por consecuencia, de una manera eficaz para la propia salud y para la de los demás, es la de estar unidos á Jesucristo, como el sarmiento á la vid, ó, lo que es igual, la de vivir en estado de gracia santificante, por la cual se une el cristiano á su divina Cabeza, no sólo por la fe y la esperanza, sino también por la caridad. Sin esta condición, las acciones y los sufrimientos del cristiano son frutos sin vida de una rama muerta y seca. ¿Cómo quieres que una rama, en que la savia vivificante no circula, pueda producir frutos de vida, sobre todo, de vida divina? Nuestro Señor Jesucristo lo ha dicho y nosotros acabamos de comprenderlo; pero todavía confirma esta enseñanza en el mismo pasaje evangélico cuando dice: Si alguno no vive en mí (sobreentiéndose por la caridad unida á la fe), se le arrojara fuera como una rama inútil y estéril y se secará; se le recogerá y se le arrojará al fuego, donde será quemado. Lo cual significa que así como la rama inútil, cortada de la vid, se arroja fuera del campo donde está plantada, se recoge en gavillas y se arroja al fuego, así el cristiano que no vive en Jesucristo por la fe y la caridad, será arrojado fuera después de su muerte; es decir, será separado de la Iglesia y del pueblo fiel, y, por consiguiente, del número de los miembros de Jesucristo; en cuyo estado se secará y será privado del jugo vivificante de la gracia, recogido por los demonios con los demás réprobos, atado por ellos en haz para ser arrojado al fuego del infierno, donde arderá eternamente.

Tan deplorable es la suerte de ese sarmiento cortado y seco, como es dichosa y digna de envidia la del que permanece unido á la vid. Por eso

está tan íntimamente unida á Jesucristo, que es la verdadera vid; y por eso la Santísima Virgen María recibió tan gran abundancia de vida divina, que pudo y podrá hasta el fin de los siglos distribuirla en su plenitud á todos los hijos de Adán. ¡Sarmiento divino, ó más bien segunda vid salida de la primera, y por la cual todas las ramas vienen á reunirse al tronco divino que es la santa humanidad de su amadísimo Hijo! Tal es la unión íntima de María con Jesús, á la que tantos pecadores deben su conversión, tantos justos su perseverancia y tantos elegidos su dicha eterna. He aquí por qué estando los Apóstoles tan unidos á Jesús, la verdadera vid, fueron llenos del Espíritu Santo, y, por consiguiente, de la vida de Dios, conquistando para Jesucristo tantos reinos, es decir, difundiendo la vida divina y con ella el reino de Dios y de su divino Hijo en tan gran número de almas. Sus sufrimientos, divinizados por esta reunión, tenían tanta eficacia que sus predicaciones arrancaban á los pueblos de las tinieblas del error, haciéndolos ver la claridad de la verdad evangélica. He aquí por qué se regocijaban de sufrir los oprobios por el santo nombre de Jesús, predicando su doctrina: *Ibant gaudentes, quoniam digni habiti, sunt pro nomine Jesu contumelian pati*. Uno de ellos, sobre todo, que sufrió por su santo nombre, no menos que los otros, el Apóstol San Pablo, se complacía en la enumeración de sus sufrimientos por la salvación de las naciones, á las cuales había sido enviado. El es quien dijo á los Gálatas, sus hijos espirituales en Jesucristo. *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis*. «Hijitos míos, á quienes doy á luz otra vez, hasta que Jesucristo se forma en vosotros». Y el es también quien les reveló el secreto de este alumbramiento misterioso, de esta fecundidad apostólica, diciéndolos: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi*. «Lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Jesucristo, en quien estoy crucificado para el mundo y el mundo lo está para mí. Yo llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor Je-

sús». *Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*. (Gal., vi, 14, 19.)

Unirse á Jesucristo por la caridad, como el sarmiento se une á la vid, con la pureza de intención que da una dirección sobrenatural, he aquí todo el secreto de la elevación de nuestros sufrimientos al estado divino; he aquí la condición indispensable de su divina fecundidad para nuestro bien y para el de los otros; he aquí lo que los hace meritorios para nosotros y eficaces para la salvación y perfección del prójimo. Unámonos, pues, á los sufrimientos de Jesucristo, sobre todo á su humildad, paciencia y caridad ardiente por Dios y por los hombres. Unámonos á las intenciones de los sufrimientos de Jesús, es decir, al designio que se propone de glorificar á Dios, su Padre, y de salvar á los hombres. Esto es lo que hicieron los santos y por este medio fueron verdaderos apóstoles de la gloria de Dios y de la salud de sus hermanos por sus sufrimientos.

El Apostolado del sufrimiento no puede fructuosamente ejercerse sino con esta condición. Aceptémosla con valor, y concluyamos diciendo: que el que se une más íntimamente por el amor y por el dolor á los sufrimientos de Jesucristo, es también más apóstol del sufrimiento.

### CAPÍTULO XIII.

#### CONCLUSIONES PRÁCTICAS DEL CAPÍTULO PRECEDENTE.

Puesto que Jesucristo es la vid y nosotros los sarmientos, puesto que es nuestra Cabeza y nosotros sus miembros, si queremos participar de su vida divina, de suerte que se derrame en nosotros sobrenaturalmente, hasta en nuestras menores obras y en nuestros menores sufrimientos, es necesario que permanezcamos unidos á Jesucristo